



593166

REDACCIÓN

Miércoles 8 de septiembre de 2000 9

Premio Nacional: Carta a Filebo



Escribe
Sara Vial

Iba a escribir sobre la cueca, pero me salió al paso un artículo de Filebo sobre "Las injusticias del Premio Nacional".

Y ello me lleva a pensar que aunque la cueca está en Chile tan poco cotizada como el escritor, tengo todo el mes de septiembre para acordarme de ella. En cambio, el tema del Premio Nacional es uno que no debemos dejar resbalar de los dedos en ningún momento, y sin necesidad de agua hervida atraparlo por cada una de sus patas de castrejo o langosta erizada, para desmenuzarlo y estudiarlo cuidadosamente, sin miedo a quemarnos.

Hay tantas formas de defenderlo, sin necesidad de defender necesariamente al que se lo gana cada dos años. Por supuesto que irrita esta cifra, atribuida a los militares, que fue, para desdicha nuestra, establecida por el poder civil. Posteriormente siguió aplicándose sin que nadie reclamara, ni siquiera los escritores que en cosa tan inocente no tenían por qué tragarse la lengua. Si Máximo Pacheco, que con su admiración (que compartió) por Nicanor Parra quiso en 1969, siendo Ministro de Educación, asistir personalmente como presidente del jurado, hubiera nombrado a cualquier escritor de su confianza política (aunque lo ideal es que la confianza sea, en este caso, literaria) provocó el segundo borrón. La práctica, nada sana, prosiguió desarrollándose en el tiempo... aunque Nicanor Parra no haya más que uno. Así se crean los mitos. Envalentonados con las desordenadas bases del Premio, los representantes del gobierno siguiente... no sólo conservaron sagradamente la norma, sino que empezaron a agregar condiciones postulatorias cada vez menos líricas. Había que ser presentado por dos o tres Premios Nacionales, que daban fe de la existencia del escritor, como Santos Saavedra de las Letras, abriendo camino a los aspirantes. Había que adjuntar un currículum completo de cuanto el autor había escrito en vida. Como lo que se premiaba era "una vida", dedicada a las letras, cuanto más largo, mejor. Había que cootear con el auspicio de una institución respetable, como si la respetabilidad del escritor mismo no significara ni bastara para nada. Esta podía ser una Universidad, o cualquier organismo de la cultura que inspirara tranquilidad. El escritor no le inspira tranquilidad a nadie, parece. Hubo un tiempo en que dentro del jurado oficiaba la Sociedad de Escritores de Chile, la Academia, el Pen Club, no recuerdo quiénes más.

Algo pasó en el camino, que la Sociedad de Escritores fue eliminada, posiblemente porque pareció una "redundancia" (?) Creo que Filebo

sabe la historia al dedillo. También, en el camino, se fueron agregando más premios. El de Periodismo, que estuvo muy bien. No hay escritor, bueno o malo, que no se ponga de novio con el periodismo. Por unos meses o por toda la vida.

Podríamos nombrar una fila interminable. Después vino el premio de Ciencias, el de Arte, el de Educación, el de Música, etc. El desembolso del dinero fiscal del premio para tantos galardones diferentes no hacía abrigar muchas esperanzas de retornar el premio al régimen anual, que como todos sabemos muy obviamente, es el ideal.

No sé si podrá abrigarse ahora un romanticismo emergente como para suponer que siendo los escritores los más desvalidos de todos (**No me refiero al talento**) llegue a obtenerse del nuevo Gobierno que se les premie de nuevo anualmente. No faltará quien lo estime "accessorio" o, mejor, discriminatorio. En materia de letras sucede todo y de todo.

Filebo hace un breve recuento de los berrinches que en general provocan los premiados (no siempre), cuando se discute el galardón "máximo" de las letras chilenas, que según el Decreto Oficial del 8 de enero de 1972 pasó lastimosamente a la categoría de bienal. Y eso que corría completamente solo.

Como sabemos, fueron tres portoneos de cepa los primeros en ganarlo. El jurado lo formaban solamente tres escritores. Los tres en la década del 40, época de la creación del Premio. Por orden de aparición, Augusto D'Halmar, Eduardo Barrios y Joaquín Edwards Bello. También Daniel de la Vega, portoneo quilpuérfino (1953) y Edgardo Garrido Merino, en 1972. ¿Mujeres? Tres. Gabriela Mistral, Marta Brunet y Marcela Paz. Macho, todavía.

Filebo discrepó un poco de su alusión a Gabriela. Si, como usted dice, sólo se la conocía por sus versos en textos escolares (ella, como Marta Luisa Bombal, publicó sus primeros libros en el extranjero) de ello fue chilénísima la culpa.

"En Chile, Gabriela era apreciada como autora de 'ocados' en viajes sempiternos a cargo del cráneo nacional. Estaba lejos de compartir el hervidero criollo de la literatura que se hacía en las esquinas de Santiago. Por lo demás, ostentando un cargo consular, se pensaba que premiarse más encima era una regalo intolerable".

[Alguien, en el "mundo de la cultura", podía pensar realmente eso?]

Sin duda usted tampoco hallará feliz el tratamiento. ¿Qué otra Gabriela Mistral hemos tenido en "cargos consulares" de los que nadie se acuerda? (y en algún caso habrá que decir, "felizmente").

Estimarlo y largamente experimentado colonista. Yo no dudé por un momento que el párrafo que cito de su texto sólo busca reflejar un hecho público al que usted prefiere no colocar adjetivos. ("El adjetivo que no da vida, mata. Vicente Huidobro) Menos aún adjetivos personales. Gabriela escribió sus primeros "recados periodísticos" en El Mercurio de Santiago, invitada, como bien se sabe, por el caballeroso y sensitivo Carlos Silva Vildósola. Y cuando ella con modestia le dijo que no sabía escribir prosa, que sólo hacía versos, él le aseguró (a ella y a todos nosotros) que "un poeta siempre tiene el derecho de escribir en prosa". Invitada luego por Vasconcelos, ministro de Educación de México, para reformar el plan educativo de ese país, tuvo la *tanafa sorpresa* (así pienso) de ver que le erigían un monumento en vida. ¿Bios "viajes sempiternos", que nutrieron vivas crónicas, habrán puesto en falencia al cráneo nacional? Si tantas plumas no lo han logrado, de qué modo la de ella?

Tenía sus mañas, dice usted, cuando se opuso al prólogo de Valery a "Desolación". ¿Pudo entender de veras a la gran teléfrica, el pulcro pensador francés? Y en cosas de mañas, sería fantástico escribir un libro acerca de las mañas de los escritores. Sin mañas debe ser difícil escribir. ("Más vale maña que fuerza").

Cierto es, estimado Filebo, que ella estuvo "lejos de compartir el hervidero criollo de las esquinas de Santiago", como usted dice. Acaso por ello, es más fácil verla en una ladera montañosa de su Fiqui, o mirándoseos tristemente, "desde su muerte callada y extranjera", desde un bosque de rascacielos neoyorquinos en donde fue más respetada que en Chile.

Sigamos hablando del premio, los premiados, los despreciados, los antipremiados. Conversando, discrepando, y sin necesidad de insultar a nadie, podemos, a lo mejor, poner un poco de claridad en este bosque que no deja ver a los escritores chilenos, que engendra matorrales de amarguras y pobrezas con que terminan sus vidas muchos de ellos. Y que hace más difícil que la palabra "cultura" mantenga su significado verdadero en este final del mundo, donde aún un poeta-soldado nos señala el camino de la palabra escrita, desde la cabalgadura de piedra que se lo llevó en el aire de la Conquista.

Premio Nacional, carta a Filebo [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Premio Nacional, carta a Filebo [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile